

hacia cada misterio en particular. La Trinidad nos presenta la divinidad, multiplicando sus personas, y derramando continuamente sobre nosotros inconcebibles beneficios.

La Encarnacion nos muestra la dignidad de nuestra naturaleza, y nos enseña el precio de nuestra alma; nos dá un Dios por legislador, un hombre-Dios por modelo; y reuniendo á la autoridad infinita del maestro que nos dá, la sublime perfeccion de sus ejemplos, nos eleva á la mas alta santidad, quita todo pretesto á la desobediencia y aparta toda excusa á la inobservancia.

El misterio de la Redencion, es el centro al que van á terminar todas las partes de la religion. Jesucristo, desde lo alto de la cruz, abraza y aproxima todos los tiempos; reúne los oráculos de los profetas y la predicacion de los apóstoles; los votos de los patriarcas y las acciones de gracias de nuestros santos; las ceremonias de la sinagoga y los sacramentos de la Iglesia; los antiguos holocaustos y el sacrificio de nuestros altares. Sobre la cruz vienen á manifestarse y á reunirse otra vez todos los atributos divinos; la santidad ofendida encuentra allí una reparacion proporcionada; la justicia suprema recibe una satisfaccion suficiente; la misericordia infinita agota sus tesoros, y la sabiduría eterna concilia todos estos grandes intereses, por los inefables medios que despliega la omnipotencia. ¡Mortales, concebid al pié de la

cruz cuán gran mal es el pecado, pues para expiarlo se ha requerido semejante sacrificio!

El dogma de la gracia nos revela el secreto de nuestra debilidad, y nos enseña de dónde debemos sacar nuestra fuerza. Impotentes por nosotros mismos al bien, tenemos por socorro el poder infinito. La necesidad de la gracia, haciéndonos sentir nuestra dependencia, nos trae continuamente á Dios. La promesa de la gracia, mostrándonos á la Divinidad ocupada de nuestra salvacion, nos anima á cooperar con ella; la necesidad de un auxilio nos obliga á implorarlo; la certidumbre de hallarlo nos escita á orar. Todo en nosotros es un beneficio del Señor: nuestra voluntad es el efecto de la suya; nuestras obras son su obra; y esta gracia saludable, este don celestial, superior á todas las espresiones de nuestro reconocimiento, lejos de alterar nuestra libertad, la anima, fortifica y remueve los obstáculos que la detienen.

Lo que todos los pueblos habian sentido, sin que ningun hombre osase jamas intentar resolver, el pecado original nos lo esplica. El hombre ya no es un enigma para sí mismo. Nosotros ya no estamos pasmados de estas contradicciones tan marcadas, que parecian suponer en nosotros dos naturalezas opuestas. Este misterio concilia todo: la superioridad de los males sobre los bienes, con la sabiduría suprema que distribuye unos y otros; la inagotable bondad del Criador, con las

enfermedades que nos persiguen desde el nacimiento á la muerte; la sed ardiente de felicidad, con la esperiencia sostenida de la desgracia; la fuerza de nuestros deseos, con la debilidad de nuestros medios; el amor innato que nos atrae hácia la virtud, con la inclinacion rápida que nos arrastra al vicio. Es cierto que lo que la religion nos enseña sobre todos estos objetos, conserva todavía no poca oscuridad; pero la incredulidad que nos la echa en cara, encontrará, al fin, en ellos, una solucion mas clara.

Los hechos existen, nosotros los sentimos en nuestro interior; todas las naciones los confiesan; ellos son de una evidencia tal, que nuestros mismos adversarios no se atreven á ponerlos en duda: en el cristianismo, son esplicados de una manera oscura; mas en los demas sistemas no lo son de ninguna. ¡Injustos censores! que quisierais que la revelacion hiciese desaparecer todas las oscuridades de sus misterios; si vosotros no demandais á vuestros sentidos exteriores, á vuestro sentido íntimo, y á vuestra razon, sino que os hagan conocer los objetos que Dios ha colocado á su alcance, tampoco exijais de las santas escrituras sino lo que él se ha dignado consignar allí; y disfrutando de lo que ha querido enseñaros en el órden de la religion como en el de la naturaleza, respetad lo que quiere ocultaros. ¿Y qué, no debe bastaros encontrar en los misterios todo lo que nos impor-

ta saber? Ellos nos descubren la naturaleza de Dios y la nuestra, nuestro origen y nuestro fin, la causa de nuestras pasiones y su remedio; el principio del pecado y la fuente de los méritos. Presentándonos los atributos de Dios, nos transportan de admiracion; ofreciéndonos los beneficios, escitan nuestro amor: nos proponen á la vez en un todo los motivos mas poderosos, los ejemplos mas notables, los mas seguros medios de perfeccion. Son el fundamento de nuestra esperanza y el principio de nuestra caridad, así como el objeto de nuestra fé. ¿Cuál es la verdad útil que nos oculte su oscuridad? ¿Qué bien nos resultaria de conocerlos mas claramente? ¿Por ventura no nos basta el ver allí las relaciones que nos interesan, hallar los objetos de nuestras adoraciones, los motivos de nuestro reconocimiento, el fundamento de nuestros deberes? En todo género, Dios proporciona los conocimientos que nos dá, á nuestras necesidades. Este debe ser el término de nuestra curiosidad. Pasando de este punto, toda investigacion no tiene ya objeto legítimo, ni aun razonable; y la razon indiscreta, que osa traspasar los límites que la mano de Dios ha prescrito, es justamente castigada de su temeridad por la confusion de sus pensamientos.

La oscuridad de nuestros misterios no nos priva de ningun bien: al contrario, esta misma oscuridad nos produce positivas ventajas. Ella entra

en las miras de Dios sobre nosotros, y hace parte de la economía de la religion.

Supongamos por un momento lo que tan vivamente desea la incredulidad, que cada hombre pueda comprender todas las verdades de la religion: al instante pretenderá tener derecho de decidir las; se establecerá en juez, adoptará y rechazará á su antojo los dogmas, los preceptos y las prácticas. Tomando cada cual por medida de la religion sus propias luces, ya no habrá una religion comun; y en esta variedad y contradiccion universal, no quedará un solo dogma cierto, ni una ley sagrada, ni un rito constante. Mas colocando una parte de la religion sobre las ideas humanas, Dios reprime el vuelo temerario de la razon. El entendimiento se detiene con respeto ante estas sagradas barreras que no atravesará jamas; su impotencia lo retiene en la subordinacion; y en la nube espesa que estienden los misterios ante sus ojos, ve la necesidad de una autoridad que lo esclarezca. Así la oscuridad de los misterios engendra la sumision; y ésta, fija la doctrina, establece el imperio de la ley moral, hace observar las prácticas del culto. Mientras que estraviadas en el mar inmenso de las opiniones, las naciones que ignoran al Señor son, segun la expresion del Apóstol, como niños inquietos y arrebatados por cada viento de doctrina; el fiel, fijado por el áncora de la fé, permanece firme en su creencia, y

mira sin susto las olas de los errores venir á estrellarse contra la palabra eternamente estable, sobre la que Jesucristo lo ha fundado. La unidad de la doctrina es á la vez un dogma y una necesidad. Al enseñarla á su Iglesia, Jesucristo le ha tejido el lazo mas fuerte de su comunion; esta es la cadena con la que nos reune á todos bajo su autoridad; y no puede separarse de ella un solo eslabon, sin quitarle toda su fuerza.

Haciendo de la fé un deber, la oscuridad de nuestros misterios hace tambien un mérito: la fé no pudiera ser una virtud, si hiciese las verdades que presenta, de una brillante evidencia: mas cubriéndolas en parte de una nube, pone un precio á nuestra creencia. Esta virtud es uno de los beneficios de nuestra religion á la humanidad. Ella era desconocida á los pueblos que ignoraban á nuestro Dios: los entendimientos no concebían la idea; los idiomas carecían de voces para expresar la. ¡Admirable disposicion de la misericordia divina! Al multiplicar los motivos de nuestra creencia, se ha dignado hacernos en esto mismo un bien. Rodea sus dogmas de luces y de tinieblas con el mas alto designio y siempre para nuestra utilidad: los circunda de luces, para que sea razonable creerlos, y de tinieblas, para darnos un mérito creyéndolos. Coloca la claridad del lado de las pruebas, que son los fundamentos de la fé; la oscuridad del lado de la naturaleza de los dogmas, que son el objeto de la misma.

De esta suerte las verdades santas que profesais, reúnen todos los caracteres que atraen y fijan la veneración. Caracteres de razón: su oscuridad no es un motivo para rechazarlos, y son sostenidos por motivos de credibilidad los más patentes. Caracteres de sabiduría: manifiestan el saber de que emanan, que nos ha unido maravillosamente consigo y adaptado á su fin. Caracteres de grandeza: asombran al entendimiento por su majestad, y por lo sublime de los objetos que le presentan. Caracteres de santidad: nos elevan á la más alta perfección. Caracteres de utilidad: son la fuente de nuestras más puras luces, y el fundamento de nuestra más sólida felicidad. Nosotros no os diremos que comparéis estos dogmas sagrados á los que presentan las otras religiones; nos ruborizamos por nuestro ministerio de proponeros semejante paralelo. Pero os diremos con confianza: investigad en vuestra razón otras doctrinas que proponer á la humanidad; imaginad, si podeis, un sistema de religión más racional, más sabio, más grande, más santo y útil, y entonces comenzaremos á permitir os dudar de la excelencia de los dogmas que proponemos á vuestra fé.

### MORAL.

A los dogmas admirables que la religión nos obliga creer, agrega deberes que nos ordena practicar. Para haceros sentir la excelencia de esta parte del cristianismo, no tenemos necesidad de remontar hasta los libros sagrados, en los que el Espíritu Santo la ha consignado; ni de solicitar las explicaciones y apologías que han hecho de la misma nuestros padres en la fé. No, en verdad; en los mismos escritos de muchos adversarios de la religión, es donde se encuentran los más pomposos elogios de sus preceptos; del seno de la misma incredulidad es de donde se elevan los más fuertes testimonios, en favor de la moral cristiana. ¿Cuál es, pues, esta moral, que así sujeta á sus más ardientes enemigos, les prescribe respe-